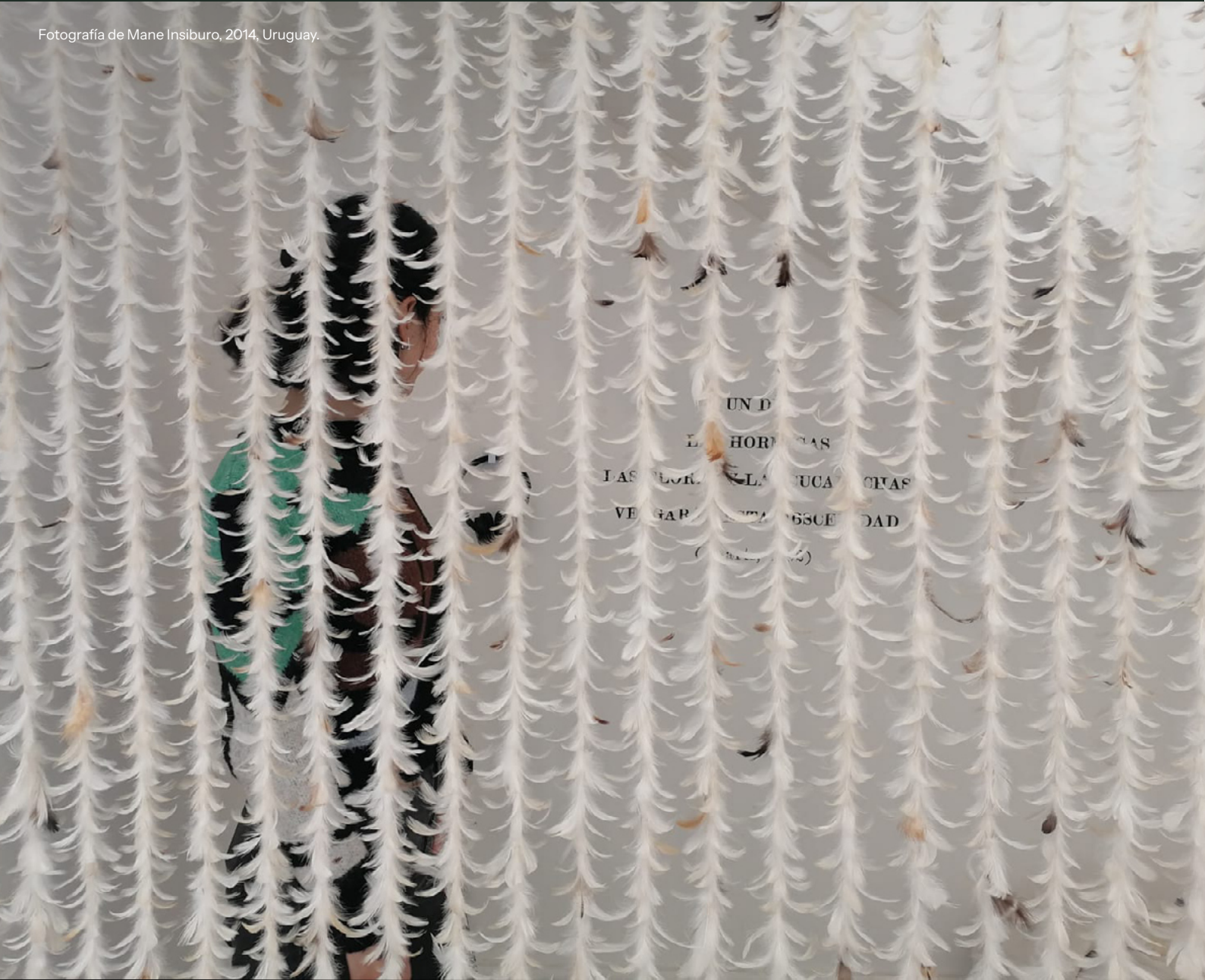


TEXTO: FERNANDA RAMOS MONZA

DE UNA VERGÜENZA DESPLUMADA

Fotografía de Mane Insiburo, 2014, Uruguay.



...los hombres hacen todo lo que pueden para disimular o para disimularse esta crueldad hacia los animales, para organizar a escala mundial el olvido o la ignorancia de esta violencia.

Jacques Derrida¹

“...las preguntas no piden ni explicación ni elucidación. Son enigmas, es decir comienzos de historias que ponen a trabajar, a aquellos a los que convocan”.² La pregunta que nos convoca: *¿Los animales trabajan?*, puede obrar como desestabilizadora de los binarismos humano/animal, cultura/naturaleza, trabajo/explotación, al suscitar historias (otras) que desarticulan las dicotomías modernas.

Desde las epistemologías feministas y los estudios multiespecie propongo una escritura simpoiética, guiada por la duda y los “encuentros narrativos”³, sostenida en una posición ética que permita la irrupción de lo insólito. De este modo, las narrativas abandonan su carácter de exclusividad representacional para entablar una relación transformadora con el mundo que nos rodea.

Introduzco así, tres conversaciones en torno a la pregunta sobre el *trabajo animal*, con la intención de producir un texto escurridizo e inasible, fragmentario y relacional.

Primer momento: El animal, un imposible

Derrida⁴ señala la imposibilidad de referirse al *animal* como significante singular y muestra la violencia implícita en esa nominación, en tanto opera como una categoría homogeneizadora que borra las diferencias entre los animales (en plural). Al hacerlo, no solo despoja a los animales de aquellos atributos considerados propiamente humanos, sino que priva a lo humano de toda animalidad. Este pseudo-concepto, inscrito en una tradición filosófica falogocéntrica, instituye al animal teórico: aquel que puede ser objetivado, puede ser visto pero no ve.

A fin de designar esta tradición falogocéntrica, heredera de la filosofía cartesiana basada en el sacrificio, Derrida introduce el término carno-falogocentrismo. Este sacrificio, signado por el mandato del *no matarás*, instituye la excepcionalidad humana, en tanto la prohibición se dirige exclusivamente a la humanidad, mientras que el crimen queda exento de otras formas de existencia. Este régimen sacrificial se entiende además como una negación hacia las corporalidades no

humanas de la posibilidad de dar respuesta. Se configura así una noción de sujeto dominante: el Hombre, caracterizado no sólo por lo que come (carne), sino por lo que incorpora e introyecta en la reapropiación de otrxs.

“La deconstrucción que me importa aquí debería anunciarse también en nombre de otra historia, de otro concepto de historia y de la historia del hombre así como de la razón”.⁵

Lejana al discurso falogocéntrico, Donna Haraway⁶ introduce el carácter constitutivo de la coevolución; “los seres no preexisten a sus relaciones”, marcando una forma de dirigirse a lo vivo donde las relaciones multiespecie deshacen el excepcionalísimo humano bajo una mirada de cooperaciones inesperadas. Será preciso, inventar nuevas formas, no inocentes, de afectarnos cohabitando.⁷

De esta manera, la frontera entre lo humano y lo animal se desdibuja, volviéndose porosa y múltiple. Lo animal mina la noción misma de lo humano, al menos en la acepción moderna, para pasar a un registro relacional. El cuerpo como ficción somatopolítica⁸ da un vuelco al pensamiento moderno que sostiene unidades anquilosadas en discursos verdaderos. Las ficciones son elementos vivos, cuerpos con agencia. El devenir con otras especies, humanas y no humanas, vivas y no vivas, maquinas y orgánicas, se vuelve una realidad otra constitutiva de nuestras vidas.

Antes de continuar, resulta necesaria una anotación; seguiré utilizando la noción animal a modo de estrategia política. Como dice Anahí González: “la «cuestión animal» es una instancia estratégica para deconstruir las producciones sacrificiales y normativas de lo humano, así como para poner en juego apuestas ético-políticas, heterogéneas y situadas, que enfrenten las jerarquías diferenciales sobre las formas de vida”.⁹

1. Derrida, J. (2008). El animal que luego estoy si(gui)endo. Trotta.

2. Despret, V. (2021). A la salud de los muertos. Relatos de quienes quedan. Cactus, p. 31.

3. Bird Rose, D. (2023). Amor y extinción ante la crisis ecológica global. El sueño del perro salvaje. errata naturae, p. 16.

4. Derrida, J. (2008). El animal que luego estoy si(gui)endo. Trotta.

5. Ver Derrida, 2008, p. 126.

6. Haraway, D. (2016). Manifiesto de las especies de compañía. Sans soleil, p.17.

7. Lestel, D. (2022). Nosotros somos los otros animales. Fondo de cultura económica.

8. Preciado, B. (2008). Testo Yonqui. Sexo, drogas y biopolítica. Paidós.

9. González, Anahí Gabriela (2019). Lecturas animales de las vidas

precarías. El «discurso de la especie» y las normas de lo humano. *Tabula Rasa*, 31, 139-159.

DOI: <https://doi.org/10.25058/20112742.n31.06>. Ver página 143.

Segundo momento: la precariedad como norma

Butler¹⁰ señala que las normas que definen lo humano operan mediante exclusiones que producen lo invivible. El sujeto humano, construido como ideal hegemónico, genera simultáneamente su propio límite: una zona de discontinuidad en la que se ubican aquellos cuerpos que quedan fuera de la inteligibilidad, es decir, cuerpos que resultan invivibles, abyectos o impensables.¹¹

Dichos cuerpos invivibles ocupan uno de los polos que Wolfe ubica en una «cuadrícula de especies»¹², la cual establece una gradación jerárquica de lo viviente, ordenada por el binomio humano/animal. En un lado de la cuadrícula se encuentra el animal animalizado (para la cría, la domesticación, el amaestramiento) y, del otro lado, el humano humanizado (el ideal hegemónico). En el «entre», ubicado en los intersticios de ambos polos, se sitúan los humanos animalizados (mujeres, indígenas, negros, desviados) y los animales humanizados (los «familiares»¹³).

Emergen así, animales animalizados, animales humanizados, humanos humanizados. La precariedad obra, por tanto, como parámetro de habitabilidad, de vivibilidad de unas existencias y no otras. En este sentido, la animalidad y la humanidad se tornan contingentes.

Del mismo modo que, siguiendo las advertencias de Derrida, ya no es posible hablar de el animal como categoría unificada, resulta necesario problematizar las nociones de trabajo y explotación. La expresión *trabajo animal* y su contrapunto *explotación animal* abren un campo de intenso debate respecto a la posibilidad o imposibilidad de reconocer agencia animal en los procesos productivos. Mientras el antiespecismo denuncia la explotación animal como forma de sometimiento y despojo de lo vivo, algunas voces de los estudios multiespecie han enfatizado narrativas de colaboración y agencia entre animales humanos y no humanos, incluso en el marco de tareas de producción industrial. No busco, con esto, plantear una oposición forzada entre ambos discursos; hacerlo implicaría desconocer una red de relaciones que excede los límites de este trabajo. No obstante, quiero enfatizar la posición respecto al tratamiento de lo animal en los recintos de producción industrial.

La pregunta, *¿Los animales trabajan?*, permite considerar al otro en su especificidad y su diferencia radical. Al tiempo que habilita a pensar la explotación humana y animal como parte de un compromiso relacional de precariedad existente.

Jocelin Porcher otorga agencia a ciertas colaboraciones multiespecie, permitiendo un corrimiento de la victimización de lo animal. Este movimiento me parece necesario para generar historias que presten atención a lo relacional, a fin de despojar a lo humano de su excepcionalidad. No obstante, considero necesario continuar problematizando la noción de trabajo en función de las relaciones de poder que precarizan a quienes participan.

Según la Organización Internacional del Trabajo¹⁴, el trabajo se define como: “Conjunto de actividades humanas,

remuneradas o no, que producen bienes o servicios en una economía, o que satisfacen las necesidades de una comunidad o proveen los medios de sustento necesarios para los individuos”. Además del antropocentrismo que implica esta definición, me interesa reparar en lo siguiente: “Produce bienes o servicios”, ¿Qué significa, por tanto, ser el bien o el servicio que se produce, no producirlo sino serlo, al punto que el trabajo humano que se realice con aquello que es el bien o el servicio, pueda implicar la muerte? Es allí, donde la noción de explotación, aún me resulta necesaria.

Para problematizar esta tensión entre trabajo y explotación, propongo seguir un hilo a través del método del rastreo. Una atención otra que compone de formas inesperadas. Siguiendo a Baptiste Morizot: “Rastrear consiste en estar atentos a la red de influencias invisibles que estructuran el mundo viviente visible”¹⁵.

Tercer momento: “Hablar porque se tiene el ala rota, como todos, pero algo diferente”¹⁶

La ética de la enunciación que me ha sido dada por el campo *queer* se refiere a no hablar por otros sino con otros, hablar solo y únicamente de lo que nos concierne. Hablo con el ala rota.

En 2018, las palabras, con toda su densidad material, me rompen el ala, me despluman sin saberlo. Recibo una historia y el horror desborda vergüenza. Pablo me cuenta: “Los tienen en cautiverio, les sacan las plumas, les crecen y se las vuelven a arrancar. Esos gansos en libertad vivirían entre quince y veinte años. Viven cuatro. Enloquecen y se matan entre ellos.” Heredo sin quererlo.

Vergüenza, no como moralismo culpabilizante sino como “un estímulo para repensar y recrear de por vida las propias responsabilidades”¹⁷. Pienso así en el potencial de la vergüenza, y la responsabilidad en la acepción que Haraway le otorga al término; la habilidad de dar respuesta. Desde ahí respondo. Escribo avergonzada, herida, torciendo los afectos para volverlos potencial epistémico. Dice Despret:

Una herencia se construye, se transforma siempre de manera retroactiva. Nos vuelve capaces, o no, de algo distinto a simplemente continuar; exige que seamos capaces de responder a, y de responder por, aquello que heredamos (...) Hacer historia es reconstruir, fabular, de tal manera que se ofrezcan otras posibilidades de presentes y de futuro en el pasado.¹⁸

Recibo la herencia del horror y con ella la angustia. Una angustia que brota sin consuelo. Decido hacer algo con eso. Lo abro; aún es blanco y pulcro, inmaculado, suave y liviano. Leo en su etiqueta, *made in china*. Así comienzo el rastreo, inicio un trabajo con los gansos, con el dolor y la muerte. Con los trabajadores, les humanas, en un intento por desestabilizar lo que Despret (2018) llama las “prácticas de olvido” (p.92), aquellas por medio de las cuales desconocemos los procesos de sufrimiento que vela el consumo. Mi acolchado de plumas, el de niña, deja su forma industrial y se convierte en duelo. Así inicia la obra.

Recuperado en: trabajo | OIT/Cinterfor

10. Butler, J. (2004). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.

11. Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Paidós.

12. Wolfe, C. (2003). *Animal Rites: American Culture, the Discourse of Species, and Posthumanist Theory*. Chicago: University of Chicago Press. Ver páginas 100-101

13. Ver González, 2019, p.145

14. Organización Internacional del Trabajo. (s.f.) Trabajo.

15. Morizot, B. (2020). *Tras el rastro animal*. Isla desierta, p. 113.

16. Barrios, F. (2023). *De/generar psicoanálisis*. Wits.

17. Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema*. Generar parentesco en el Chthuluceno. Consonni. Ver página 172.

18. Despret, V. (2018). *¿Qué dirían los animales... si lesatrás hiciéramos las preguntas correctas?* Cactus, p. 168.



Fotografía de María Noel Cibils, 2024, Uruguay

Deborah Bird Rose retoma el concepto de “narrativa de la muerte” de Hatley.

...una narrativa de la muerte en términos humanos sitúa la muerte y a los muertos dentro de una comunidad histórica (...) Las narrativas de la muerte son vocativas, apelan a alguna forma de respuesta por parte de quienes dejamos atrás” y constituyen, además, “un paso transitivo que genera una nueva existencia, caracterizada en términos de una nueva responsabilidad.¹⁹

Bird Rose aplica esta categoría conceptual al ámbito ecológico, donde se producen parentescos multiespecie y la muerte deja de ser un acontecimiento privativo de lo humano.

Considero necesario recuperar esta perspectiva para elaborar narrativas de las muertes (en plural): aquellas muertes que hasta ahora no han sido contadas, en el doble sentido que admite el término “contar”; en su dimensión cuantitativa, como cantidad de vidas que se pierden; en su dimensión singular y narrativa, en tanto esas vidas no han recibido el reconocimiento suficiente como para ser narradas. En este marco, “¿de qué forma contar una vida?” se vuelve una pregunta indispensable en el marco del reconocimiento.

La instalación, a la que nombre: 27542²⁰, cantidad de plumas implicadas en la inmensurabilidad del horror, fue una forma de hacer con el dolor. Las plumas fueron dispuestas para formar una cortina. “Un día las flores, las hormigas y las cucarachas vengaran esta obscenidad”²¹ se lee entre ellas, al lado unos auriculares esperan sus oídos. Gritos, ruido, gritos. Solo eso.

El trabajo pluma a pluma contrasta con los extensos galpones donde trabajadores empobrecidos despluman gansos sangrientos. La escena es intransmisible; las plumas, la sangre, los graznidos, los gritos.

El hacer con, implicó una operación de transformación del relato, las plumas irreverentes, aquellas que irrumpían a través de la tela, esas, guiaron el camino. Un acolchado como dispositivo de encuentro, las plumas como vectores transportadores de historias a tiempos y existencias desconocidas. El rastreo como práctica y método de reconstruir y fabular historias, historias multiespecie, donde la precariedad se hace presente en una relacionalidad de la explotación de sus implicadas. Animales humanos y no humanos, participan con mayor o menor agencia de relatos de horror. Estas personas, que despluman gansos vivos, no son ajenas a una explotación y precarización que les produce en la actividad tortuosa. Sin embargo, por más interesantes que me parezcan algunos relatos que les otorgan agencia a los animales en su implicación colaborativa, en este caso nada de eso se me aparece. Si bien Jocelyn Porcher observa que “el trabajo de los animales es invisible salvo en los lugares de enorme maltrato de los hombres y de los animales”²² encuentro aún necesario soportar la explotación como concepto ético-político a fin de denunciar la insostenibilidad de dichas existencias. Por tanto, lejos de poder definir un trabajo animal, por más que se encuentren humanos y animales en prácticas de producción y de intercambio monetario, considero que la sumisión, el dolor, el encierro y la muerte, deben permanecer bajo el crisol de la explotación.

Las plumas, que llegan a mí desde hace tanto tiempo, me acercan a los gansos en un relato de cooperación. Es un trabajo pluma a pluma, con su reverso y su singularidad con los asociados, los gansos, aquellos que aún cuentan y continúan afectando. Intento tejer otra historia.

19. Ver Bird, 2023, p. 43.

20. La obra fue presentada en Co/habitaciones II, La curaduría estuvo a cargo de Fernando Barrios y Fernando López Lage.

21. Duarte, L. (1992). Oleo sobre lienzo. Galería Engelman-Ost. Montevideo

22. Ver Despret, 2018, p.169.